



# AQUI SÓLO CUELAN LOS BUENOS LIBROS

Lectores profesionales, jóvenes y cultos, criban los miles de manuscritos que llegan a las editoriales



## CINE

«EN EL BALLET, LOS HOMBRES FUERZAN A LAS MUJERES A QUE SEAN NIÑITAS», DICE NATALIE PORTMAN

P62

## TOROS

UN GRUPO DE SOCIOS DEL CLUB COCHERITO REMATA LAS CELEBRACIONES DE SU CENTENARIO CON UN VIAJE A ECUADOR Y PERÚ


P67



IÑAKI ESTEBAN

✉ i.esteban@diario-elcorreo.com

**C**omo si fueran naufragos que viven en una pequeña isla, miles de escritores, por lo general noveles, mandan sus mensajes o manuscritos a las editoriales con la esperanza de que allí, al otro lado, haya alguien que los lea y dé el visto bueno para su publicación. El porcentaje de los que finalmente se verán en la mesa de novedades de las librerías es ínfimo: los más optimistas lo cifran en el 5%. Pero no todo está perdido de antemano, porque una de las labores de los editores consiste en separar el oro de la paja y hacer realidad el sueño del autor desconocido que tiene algo que contar y lo cuenta bien.

Los envíos de estos espontáneos se miran en su destino con recelo y con pesar, como un fardo del que liberarse, pero en el que quizá haya un diamante escondido, porque los editores también persiguen su ambición de descubrir a la siguiente estrella literaria. De ahí que el personal de la propia casa 

## Su labor consiste en detectar la solidez o debilidad de personajes y argumentos

➤ editora haga una primera criba, para ver si los manuscritos se desinflan con tan sólo leer por encima las primeras páginas. Y los que pasan el primer corte caen en manos de los lectores, profesionales externos capaces de ver los fallos y las virtudes de los escritos, especialistas en destriparlos y valorarlos para que el editor tenga elementos de juicio con los que dictar la sentencia definitiva: aceptados o devueltos a su remitente.

Los lectores son una parte necesaria y valiosa en el engranaje de la industria libresca, pues sin ellos, simplemente, se atascaría. La especie devora libros a gran veloci-

dad, vive en la sombra de sus habitaciones y no figura en las plantillas de las empresas. Por una retribución de 50 a 70 euros, escriben informes sobre la calidad literaria y la virtualidad comercial de los originales, sobre la solidez o debilidad de sus argumentos y sobre a quién puede interesarles. Pese a su precariedad laboral, ellos emiten el primer pasaporte a la fama.

### La criba implacable

El perfil del lector es el de una persona joven y culta, estudiante o que ha terminado hace poco la carrera, que piensa dedicarse a escribir, a la edición o ambas cosas. Gabriela

Ellena Castellotti ha estado leyendo de cuatro a ocho manuscritos a la semana antes de entrar como editora de mesa –la que elimina los fallos y erratas de los textos– en el grupo editorial Random House Mondadori. Siempre se ha sentido «feliz» al leer manuscritos con ojo profesional, y comprende a la persona anónima que ha puesto mucha ilusión y centenares de horas en escribir un libro. Pero, en su opinión, de nada sirve ponerse en su lugar y ser benevolente.

«Es tu trabajo y debes ser justa y fiel con tus criterios: si una novela es mala o muy mala debes decirlo con la máxima claridad. Es duro

mostrarse así de implacable, pero no hay otra alternativa. Reconocámoslo, hay demasiados libros y una criba más estricta no vendría mal», alega.

Los currículums de los lectores suelen empezar en las facultades de Filología, pasan por un máster de edición y, con frecuencia, recalán en las plantillas de las editoriales. Castellotti se desplazó de Madrid a Barcelona para cursar el posgrado en edición de la Universidad Pompeu Fabra. En la ciudad catalana conoció a la tía de un amigo suyo, relacionada con el negocio del libro y que le puso en contacto con Planeta. Su primer cometido

fue leer dos originales presentados al premio que lleva el nombre de la editorial. Y también pasaron por sus manos novelas enviadas al Nadal y al Biblioteca Breve.

En sus dos años y medio como lectora, vivió cosas muy buenas y muy malas. Entre las primeras se acuerda de ‘El contador de historias’, del libanés Rabih Alameddine, que leyó para Seix Barral y terminó siendo publicada en Lumen; de ‘Valfierno’, de Martín Caparrós, premio Planeta en Argentina en 2004; y de ‘En tiempo de prodigios’, de Marta Rivera de la Cruz, finalista en el Planeta español de 2006, entre otras.

### Vanesa Pérez-Sauquillo

Escritora y editora.

Contrató la trilogía ‘Crepúsculo’

«Los lectores te dan seguridad y confianza, incluso si sus informes son contradictorios»



Entre las malas, las hubo «terribles». Los originales, en su mayor parte, suelen proceder de los talleres de escritura o son memorias y autobiografías. «En cuanto a los que yo leí, se notaba que a los autores les faltaban lecturas, sobraban lugares comunes, las tramas eran previsibles y los personajes estaban más cerca de lo audiovisual que de la literatura. Había en muchos como una necesidad de dejar su impronta, como si fuera el libro lo que les faltara para completar el hijo y el árbol».

Para los responsables de las editoriales, la información que les suministran los lectores les ayuda mucho a la hora de tomar sus decisiones. Los editores confían en ellos, saben cómo ven la literatura y a veces encargan el mismo libro a personas de distinto sexo y diferentes edades, porque no se lee igual a los veinte años que a los sesenta. Todos esos matices aportan claridad a la obra a publicar y ayudan a definir sus públicos y su marketing.

Vanesa Pérez-Sauquillo luce una imponente medalla en su solapa: fue la editora que contrató la trilogía 'Crepúsculo' de Stephenie Meyer, millonaria en lectores y en beneficios, cuando aún no había salido en Estados Unidos y sin tener por tanto referencias de su impacto.

Dedicada hoy a la escritura y autora de poemarios como 'Bajo la lluvia equivocada', Pérez-Sauquillo tuvo un palpito al leer la obra. Pero, con eso sólo, no valía. Necesitaba refrendar su opinión. Y para ello reclutó a tres lectores, una mujer de 65 años, una chica de 20 y un experto en literatura fantástica de 40. «Cada uno vio una cosa. La señora se fijó en los diálogos, la mujer joven en la historia de amor entre Edward Cullen y Bella Swan, y el especialista marcó su sitio dentro del género de vampiros», recuerda.

#### Un empleo, no una afición

Sus informes le hicieron ver ángulos que no había tenido en cuenta en su propia lectura. Trabajaba entonces en la sección infantil y juvenil de Alfaguara y la inversión a la que debía dar el sí era muy alta. «Los lectores te dan seguridad y confianza. Incluso si sus informes son contradictorios siempre sacas cosas que te sirven. Representan a los sectores de la sociedad a los que quieres dirigirte. Y, por supuesto, también pedíamos la opinión a los

#### Recaredo Veredas

Abogado. Ha sido lector y ahora da clases de lectura profesional.

**«Estás trabajando para un cliente y eso lo tienes que tener en la cabeza en todo momento»**



Veredas recomienda leer a los clásicos para no perder el gusto literario. :: J. R. LADRA

chicos a los que estaban destinados los libros».

Gracias a todos ellos y a su intuición como editora, Pérez-Sauquillo logró que aquel episodio de su vida profesional fuera «un regalo de la vida». «Sentías mucho orgullo cuando ibas en el metro y el de un lado y el del otro estaban leyendo algo en lo que tú estabas interviniendo».

La regla de oro de los lectores es dejar a un lado sus gustos y ponerse en el sitio de los sellos editoriales, cada uno con su línea y su per-

sonalidad. Esto es lo que enseña Recaredo Veredas en el taller de formación de lectores que imparte en la escuela literaria Fuentetaja de Madrid. «Estás trabajando para un cliente y eso lo tienes que tener en la cabeza en todo momento. No se trata de una afición, sino de un empleo».

Veredas ejerce hoy de abogado y además escribe. Hace unos años leía manuscritos para editoriales como Siruela, Alfaguara y Ediciones B, las tres muy distintas si bien con unas pautas similares para re-

dactar informes. El lector tiene que hacer un resumen del argumento en un par de líneas y una sinopsis más larga. También debe valorar el estilo, encuadrar la obra dentro de un género si hace al caso, y proyectar sus posibilidades comerciales en base a las clases de públicos a los que podría gustar. En palabras de Ana Lozano, antes lectora y en la actualidad editora de Aguilar, «tienes que adoptar la perspectiva del comprador, o imaginarte si ese libro lo regalarías a tu pareja, a tu madre, a tu amiga, a tu abuela

**Estos profesionales reciben de 50 a 70 euros por cada manuscrito leído y analizado**

**Los autores consagrados también se someten a lecturas profesionales, para que el editor valore el alcance de la obra**

o a todos ellos».

Como revela el caso de Stephenie Meyer, no sólo los espontáneos de la literatura pasan por el escrutinio lector. Autores de primera línea como el académico Luis Mateo Díez o José María Guelbenzu, autores a los que leyó Veredas, no con la intención de que la editorial se decidiera por publicar o no la obra, pues la edición estaba fuera de toda duda, sino para tener una idea ajustada de los libros en cuestión y de sus posibilidades.

Estos encargos son los más golosos, porque hay otros mucho menos placenteros. Todos los lectores tienen una buena cantidad de experiencias poco reconfortantes. Cristina Castellón, periodista 'freelance' y lectora para varias editoriales recuerda que lo primero que cayó entre sus manos fue un best-seller en el que unas mujeres se apuntaban a un club para hacer galletas. Quizá no era el libro que ella hubiera comprado en una librería. Pero la ética del lector le obliga a coger lo que le mandan y someterlo a su mirada. «A veces lo lees con gusto, sin darte cuenta que estás trabajando. Luego hay épocas en que no te cae nada bueno y te encuentras saturada».

En ese momento, Cristina Castellón se toma un respiro y coge libros que sabe que no le van a fallar: «Si sólo lees lo malo, pierdes criterio», asegura Veredas. «Tienes que volver a los clásicos o a las obras ya contrastadas para no olvidarte de cuáles son las características de una buena novela». No obstante, a pesar del cansancio, a todos los lectores consultados les gusta o les ha gustado la experiencia: le han pagado por leer, algo que harían de cualquier modo, y es una buena manera de meterse poco a poco en una editorial. «No da para vivir, pero a oficio bonito, pocos le ganan», resume Castellón.

### LAS PROTAGONISTAS



#### Cristina Castellón

Lectora para varias editoriales y periodista 'freelance'.

**«No da para vivir, pero a oficio bonito, pocos le ganan»**



#### Ana Lozano

Antes lectora, hoy editora de Aguilar.

**«Tienes que imaginarte si ese libro se lo regalarías a tu pareja, a tu madre, a tu abuela, o a todos ellos»**



#### Gabriella Ellena Castellotti

Fue lectora para premios como el Nadal. Hoy edita en RHM.

**«Si una novela es mala o muy mala debes decirlo con toda claridad»**

## Errores de bulto y juegos perversos

#### II. ESTEBAN

Todos los editores tienen varios despistes gordos en su currículum, grandes autores que han tenido a su alcance y que les han dejado escapar, a veces por los informes desfavorables de los lectores. No obstante, si no hubiera sido por su perspicacia tampoco habrían existido ni Mario Vargas Llosa ni Paul

Auster. Por lógica, siempre tuvo que haber una primera vez, o un primer descubrimiento, y ese mérito les corresponde a editores y lectores.

Los autores que aun así han jugado al despiste se cuentan por docenas. La Nobel británica Doris Lessing mandó una de sus novelas firmada con seudónimo a su

editor, que la rechazó. Cuando se enteró de la identidad de la escritora, la publicó.

¿Error garrafal de quien leyó la obra? Puede ser, pero también hay que tener en cuenta que las casas editoriales, como empresas que son, tienen que competir en un mercado y ganar dinero para seguir publicando. En este sentido,

no sólo vende la calidad, en el caso de que lo haga, sino también la notoriedad y la trayectoria del autor, que con el tiempo se convierte en una marca, o unos contenidos que por razones de coyuntura pueden tener un gran tirón.

La francesa Marguerite Duras lo hizo aún de una manera más perversa. Envío al editor una de sus novelas, también con seudónimo, una novela que él mismo había publicado años atrás. Esta vez la rechazó. La misma J. K. Rowling vio cómo rechazaban diez

veces su primera entrega de 'Harry Potter'. Y quizá la mayor metedura de pata de la historia la cometió André Gide, el mismo escritor, Nobel de Literatura en 1947 y el lector de Gallimard, que recomendó rechazar 'A la busca del tiempo perdido', de Marcel Proust. «No puedo comprender que un señor pueda emplear treinta páginas para describir cómo da vueltas y más vueltas en su cama antes de encontrar el sueño», escribió en su informe.

Pronto se arrepintió.